

Brittainy C. Cherry

*Querido
señor
Daniels*

De la
autora de
*El aire que
respira*

CHIC 

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Epílogo

Sobre la autora

QUERIDO SEÑOR DANIELS

Brittany C. Cherry

Traducción de Vicky Vázquez

Principal de los Libros



QUERIDO SEÑOR DANIELS

V.1: Octubre, 2016

Título original: *Loving Mr. Daniels*

© Brittainy C. Cherry 2014

© de la traducción, Vicky Vázquez, 2016

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2016

Todos los derechos reservados.

Los derechos de esta obra se han gestionado con Bookcase Literary Agency.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen: Aleshyn Andrei

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-64-0

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

QUERIDO SEÑOR DANIELS

Una conmovedora historia de amor entre dos almas rotas

Ashlyn ha perdido a su hermana gemela y se muda a Wisconsin para terminar el instituto. Allí conoce a un músico de mirada profunda. Conectan más allá de las leyes de la química. Luego descubren que están en la misma clase. Él como profesor y ella como alumna.

Un amor prohibido acompañado de las notas de Shakespeare

A todos los Tonys del mundo.

Os **veo**.

Os **oigo**.

Os **siento**.

Os **quiero**.

Y no estáis solos.

Prólogo

Daniel

~ Hace veinte meses ~

*No sé qué contarte,
no sé qué decir.
Solo sé que preocuparme por ti me causa más dolor.*

Romeo's Quest

Estaba sumido en una miríada de pensamientos turbios y molestos cuando aparqué el Jeep cerca del callejón. Nunca había estado en esta parte de la ciudad. Ni siquiera sabía que existía. El cielo nocturno estaba embriagado de oscuridad, y el frío de los últimos meses de invierno afectaba a mi nivel de irritación. Miré el tablero de mandos del coche.

Las cinco y media de la madrugada.

Me había prometido que no volvería a ayudarlo. Sus actos habían formado un enorme cráter entre nosotros, destruyendo todo lo que solíamos ser. Pero sabía que no podía mantener la promesa de quedarme al margen. Era mi hermano. Incluso cuando metía la pata, algo que hacía a menudo, seguía siendo mi hermano.

Esperé al menos quince minutos hasta que vi a Jace salir del callejón cojeando, agarrándose el costado. Me incorporé en el asiento y nuestras miradas se cruzaron.

—Joder, Jace —murmuré saliendo del coche de un salto y dando un portazo. Al acercarme, una farola le iluminó la cara. Tenía el ojo izquierdo completamente hinchado y el labio inferior partido. Su camiseta blanca estaba manchada de su propia sangre.

—¿Qué coño ha pasado? —exclamé en voz baja.

Lo ayudé a subirse al Jeep. Él soltó un gemido. Intentó sonreír. Volvió a gemir. Cerré la puerta con fuerza y me apresuré a volver al asiento del conductor.

—Esos cabrones me han apuñalado. —Se pasó los dedos por la cara, cubriéndola de sangre. Se echó a reír, pero su aspecto evidenciaba la gravedad de la situación—. Le dije a Red que tendría su dinero la semana que viene —se estremeció— y envió a sus hombres para que se ocuparan de mí.

—Por Dios, Jace —suspiré alejándome del bordillo. Empezaba a amanecer, pero de alguna forma parecía estar más oscuro que antes—. Pensaba que habías dejado de vender.

Él se incorporó y me miró con el único ojo que podía abrir.

—Y así es, Danny. Te lo prometo. —Se echó a llorar—. Te juro por Dios que he acabado con eso. —Era evidente que no solo vendía, sino que además había vuelto a consumir. *Mierda*—. Iban a matarme, Danny. Lo sé. Los enviaron para...

—*¡Cállate!* —grité, y sentí como la idea de que mi hermano pequeño muriera penetraba en mi mente. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y percibí el miedo fantasmal de lo desconocido—. No vas a morir, Jace. Cierra la boca.

Él sollozaba y gimoteaba de dolor. Un sonido profundo de pérdida y confusión inundaba sus lágrimas.

—Lo siento... No quería meterte en esto.

Lo miré y dejé escapar un profundo suspiro. Apoyé la mano en su espalda.

—No pasa nada —mentí.

Me había alejado de sus problemas. Me había centrado en mi música, en las clases. Estaba en la universidad, y me quedaba un año para convertirme en alguien. Pero en lugar de preparar el examen que tenía unas horas después, estaría vendando a Jace. Genial.

Él jugueteaba con los dedos mirando al suelo.

—No quiero seguir haciendo esto, Danny. Y he estado pensando. —Levantó la vista y entonces su mirada flaqueó—. A lo mejor puedo volver al grupo.

—Jace —le advertí.

—Lo sé, lo sé. Metí la pata...

—Hasta el fondo —señalé.

—Sí, vale. Pero ya sabes, la única vez que he sido feliz después de lo de Sarah... —Se encogió al oír sus propias palabras. Empezó a removerse inquieto en el asiento—. La única vez que he sido feliz después de aquel día fue cuando actué con vosotros.

Se me hizo un nudo en el estómago y no respondí. Cambié de tema.

—Deberíamos ir al hospital.

Abrió mucho los ojos y se negó rotundamente.

—No, nada de hospitales.

—¿Por qué?

Hizo una pausa y se encogió de hombros.

—Podría encontrarme la policía...

Arqueé una ceja.

—¿Te persigue la policía, Jace?

Asintió.

Solté un taco. Así que no solo estaba huyendo de la gente de la calle, sino también de los que encerraban a la gente de la calle. Me gustaría poder decir que me sorprendía.

—¿Qué has hecho? —pregunté enfadado.

—No importa. —Lo miré fríamente y él suspiró—. No fue culpa mía, Danny. Te juro que no. Mira, hace unas semanas Red me pidió que moviera un coche. No sabía qué coño había dentro.

—¿Moviste drogas?

—¡No lo sabía! ¡Te juro por Dios que no lo sabía!

¿Qué puñetas decía? ¿Pensaba que estaba moviendo unos putos bastones de caramelo?

Continuó hablando:

—El caso es que los policías encontraron el vehículo cuando paré en una gasolinera para echar gasolina. Cuando salí de allí, el coche estaba rodeado. Un policía me vio alejarme rápidamente del coche y me gritó que me detuviera, pero no lo hice. Eché a correr. Al final resulta que pasar tanto tiempo en la pista de atletismo del instituto me vino bien —dijo con una risita.

—Ah, ¿te hace gracia? ¿Crees que tiene gracia? —Me hervía la sangre—. ¡Porque yo me lo estoy pasando en grande, Jace! —Bajó la cabeza—. ¿A dónde te llevo?

—Llévame a casa de mamá y papá —dijo.

—Estás de broma, ¿verdad? ¿Mamá lleva un año sin verte y ese es el primer lugar que se te ocurre? ¿Presentarte lleno de sangre y magulladuras? ¿Es que quieres matarla? Y ya sabes que papá no se encuentra bien...

—Por favor, Danny —gimoteó.

—Mamá sale a pasear por el muelle a esta hora... —le advertí.

Se sorbió los mocos y se pasó los dedos por debajo de la nariz.

—Esperaré en el embarcadero y aprovecharé para limpiarme. —Hizo una pausa y se giró hacia la ventanilla del copiloto—. Voy a limpiarme —volvió a susurrar.

Como si no hubiera oído eso antes.

* * *

Tardamos veinte minutos en llegar a casa de nuestros padres. Vivían en un lago a unos pocos kilómetros de Edgewood, Wisconsin. Papá le había prometido a mamá que algún día tendrían una casa en un lago, y hacía unos años que se la había comprado. Le hacía falta una reforma, pero era toda suya.

Aparqué detrás del cobertizo. El barco de papá estaba dentro, esperando a que pasara el invierno. Jace dejó escapar un suspiro y me dio las gracias por haberlo llevado. Entramos en el cobertizo. La luz matinal atravesaba las ventanas.

Me acerqué al barco y me metí dentro para coger unas toallas de debajo de la cubierta. Cuando volví a incorporarme, vi que Jace se había sentado y se estaba mirando el corte.

—No es muy profundo —dijo, presionándolo con la mano. Saqué una navaja, rasgué una de las toallas y la apreté contra la herida. Jace miró la hoja y cerró los ojos—. ¿Papá te ha dado su navaja?

Miré el trozo de metal que tenía en la mano. La cerré y me la guardé en el bolsillo.

—La tomé prestada.

—Papá no me dejaba ni tocarla.

Miré el corte que tenía.

—Me pregunto por qué.

Antes de que tuviera tiempo de responder, se oyó un chirrido cerca del muelle.

—¿Qué coño...? —murmuré y salí a toda prisa. Jace me seguía de cerca cojeando—. ¡Mamá! —grité.

Un desconocido con una sudadera roja tiraba de ella mientras le apuntaba a la espalda con una pistola.

—¿Cómo nos han encontrado? —murmuró Jace.

Lo miré confundido.

—¿Lo conoces?! —pregunté asqueado.

Y cabreado.

Y asustado.

Sobre todo asustado.

El desconocido levantó la vista y nos vio a Jace y a mí, y habría jurado que sonreía.

Sonrió antes de que se disparara la pistola.

Y echó a correr mientras mamá se desplomaba.

La voz de Jace se alzó hasta el cielo. Sonaba espesa, llena de rabia y miedo. Corrió hacia mi madre pero yo fui más rápido.

—Mamá, mamá. Te pondrás bien. —Me giré hacia mi hermano y le di un empujón—. Llama al 911.

Él se levantó con la cara cubierta de lágrimas y los ojos rojos.

—Danny, mamá no... No está... —Hablabla balbuciendo, y lo odié por pensar lo mismo que pensaba yo. Me metí la mano en el bolsillo, saqué el móvil y se lo puse en las manos.

—¡Llama! —ordené sosteniendo a mi madre entre mis brazos.

Miré en dirección a la casa y vi la cara de mi padre justo cuando se daba cuenta de lo que había pasado. El momento en que comprendía que, en efecto, había oído un disparo, y que, en efecto, su esposa estaba inmóvil. Su salud era delicada, pero aun así corrió hacia nosotros.

—Sí, hola. Nuestra madre... *¡Le han disparado!* —Tan solo oír las palabras de los labios de Jace hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Acaricié el pelo de mi madre y la abracé mientras mi padre se acercaba a toda prisa.

—No... no... no... —murmuró, dejándose caer al suelo.

La apreté con más fuerza. Me agarraba a ella y a mi padre. Ella me miró con sus ojos azules, pidiéndome en silencio que le diera respuestas a unas preguntas desconocidas.

—Estás bien. Estás bien... —le susurré al oído.

Le estaba mintiendo y me mentía a mí mismo. Sabía que no iba a sobrevivir. Algo dentro de mí me decía que

era demasiado tarde y no había esperanza. Pero no podía dejar de repetirlo ni de pensarlo. Y no podía dejar de llorar.

Estás bien.